

# Jardines Abiertos

con



DIEZ PREGUNTAS A  
SALVADOR GARCIA  
GIMENEZ



—Desde los desheredados de El Puntarrón de Cehegín, pasando por los disminuidos de «Angelicomio», hasta llegar al mundo gay de «Myrtia», has tratado novelísticamente, con profusión, los ambientes más notorios de marginación social. ¿Por qué esta temática?

—Yo he comulgado siempre con los oprimidos por cualquier manifestación de poder; me hiere el franquismo y no comprendo al Dios del Antiguo Testamento. Respecto a *Myrtia*, estoy en desacuerdo con tu apreciación: la estética *gay* no es precisamente hoy una corriente marginada. Yo he vivido una infancia frustrada por culpa del asqueroso capitalismo, y una juventud virginal y depresiva programada por el catolicismo. A pesar de ser Catedrático de Bachillerato y doctor en Letras, por no sé qué impulsos u orfandades, no me he considerado jamás universitario. Entre el alegre bullicio de los hijos de la burguesía, sólo pude estudiar a partir de los 26 años y por libre, impartiendo clases como profesor de E.G.B. y con tres hijos en un piso de setenta y tantos metros cuadrados. Por ello no me salió de los cojones figurar en la orla. ¿Cómo iba a escribir para esos alféreces de cine español que nos estaban llenando el camino de espinas?

—Valle Inclán era impertinente, y ceceaba. Lorca aparecía siempre encantador. Cela se «apuntó» a la escatología léxica... Muchos literatos, en todos los tiempos, se han acogido a un disfraz social en el que poner su «marca de origen», sinceridad personal verdadera al lado, o aparte,

¿Cuál es tu disfraz vital de novelista? ¿Conoces tu imagen de literato?

—Me acuso de pecar con la palabra impresa de desnudez, de honradez, de tristeza... Tal vez el único disfraz se encuentre en mi narrativa, que encubre con su arquitectura lo que pudo ser un diario agotador. No sé qué imagen pueda ofrecer de literato. Te confieso que no me gusta llamarme escritor, ni me he vestido nunca de escritor. Soy un individuo bastante decepcionado, sin sueños ya de impulsivo adolescente.

—¿Sería correcto afirmar que tu trayectoria novelística ha viajado desde el realismo tremendista a cierto culturalismo abstruso?

—Me considero el peor crítico de mis *garabatos*, aunque lo de «abstruso» me parece excesivo. Es cierto que no sólo en la pubertad padecemos metamorfosis. La redacción de mi primera novela la inicié a los dieciséis años, y entonces no contaba con una biblioteca como la de Leopardi. Se trata de una trayectoria de curso bastante generalizado. Aunque siempre me entregara con algo de delirio místico. Sin embargo, resultaría muy primitivo, o forense, ese corte. También hay en mis textos ternurismo, esteticismo, franciscanismo, kafkismo, malditismo, realismo mágico... Tremendismo y culturalismo son dos insultos ya superados. Mis novelas *Por las horas oscuras*, *Odio Sobre cenizas*, *Tres estrellas en la barba*, *Myrtia*, *La peregrinación*, o mi libro de cuentos *La paloma y el desencanto*, más o menos acertados, no pueden ceñirse con tan cómoda clasificación.

—Ser escritor de premios tiene sus contras. Las maledicencias sobre su consecución no paran desde que algún nuevo galardón se añade a tu lista, ya de por sí grande, de éxitos literarios. ¿Te defiendes de esta acusación crónica que pesa sobre ti? ¿Qué es lo positivo y lo negativo de los premios?

—Elegí el recurso de los premios porque jamás me deshonraría ni me humillaría ante los editores, mecenas, bufones influyentes, políticos, encargados de obras sociales o demás cizaña cultural. Por ello no tengo una calle en mi pueblo, ni homenajes en Murcia, ni cenas para distraer a las esposas de aquellos comadrones de artistas. Esto he de decirte que cuesta, y levanta envidias, y celos, y ampollas entre los que más huyen del silencio y la soledad, del sufrimiento y la humildad. Lo positivo de los premios es aquello que te dije: no ir detrás de nadie con cara de lameculos, obtener un millón de pesetas por una novela o trescientas mil por un cuento de siete folios y despreocuparse de los terribles trámites que conlleva una edición. Lo negativo: la triste comprobación de que otros padezcan por ello.

—Recientemente has obtenido el Doctorado universitario con una tesis sobre la presencia de Kafka en la narrativa española contemporánea. ¿Cuál ha sido la principal conclusión de tu estudio?

—Las pésimas imitaciones que Kafka ha tenido entre nuestros narradores, y a nivel personal, el descubrimiento de un alma muy gemela a la mía. Del *kafkismo*, como de tantos

otros ecos, se ha hecho un slogan muy erróneo en España. Son curiosos los precedentes registrados en nuestra literatura española: San Juan de la Cruz y Santa Teresa, *Don Quijote*, *El coloquio de los perros*, Quevedo, Larra, *Don Alvaro o la fuerza del sino*, el mito de don Juan, Galdós, Ramón Gómez de la Serna... En la narrativa marcada por su huella destacan los nombres: Martín Gaité, Martín-Santos, Delibes, Francisco Ayala, Ramón J. Sender, Carlos Edmundo de Ory, Vicente Soto, Juan Hortelano, F. Arrabal.

—Fundamentalmente tu narrativa se ha nutrido de la experiencia propia, incluso a nivel —aparentemente— de verismo autobiográfico. También has buscado en «Myrtia» el conocimiento de un ambiente —el gay murciano— para plasmarlo en tus relatos; pero en «La Peregrinación», la fuente primera de tu narrar es el conocimiento, vía cultural, de Kafka, ¿con cuál de las tres fuentes de materia prima novelística te identificas más?

—Yo escribo de mí porque no me creo en ocasiones la vida que estoy practicando; tengo problemas, aunque no se me hayan abierto ventanas en el subconsciente, con la realidad. Por ello, incluso escribiendo con un análisis exhaustivo de todo cuanto hago y pienso, tendría que eliminar ese sello tan difuso. Además, dentro de 50 ó 100 años, a quién le va a importar mi vida o mi obra.

Se quiere más, como ocurre con las amantes, el recodo de la última experiencia. El encuentro con Kafka en mi propio espejo me empujó a la aventura de la transfiguración y la peregrina-

ción a su atmósfera de Praga. Aún siento su tinta en mis pulsos y su amor detenido como una mariposa nocturna en mis sienas. Y discúlpame esta emoción.

—¿Qué es lo más acertado y lo más desacertado que ha dicho la crítica sobre ti?

—No suelo conservar los textos que se han escrito sobre mi obra, y últimamente me he despreocupado de ello más que nunca. Los críticos me han lanzado más flores que ortigas, lo que me obliga a agradecer su paciencia y generosidad; los otros, que me perdonen por el tiempo precioso que han perdido en localizar únicamente mis páginas menos afortunadas.

—Has ejercido la crítica literaria, has escrito poesía, cuento, novela, ensayo... ¿cómo diferenciarías cada una de estas realidades textuales, más allá del tópico: «el género y el estilo soy yo»?

—Me faltaría espacio en esta entrevista para no caer en otro tópico y quizás para llegar a no decir nada. La poesía fue mi primer grito; después, el cuento como testigo nervioso de unos sucesos de pueblo, y luego la novela como un terrible reto; las críticas y las tesis aparecieron como contestación a aquellos tribunales de probos funcionarios que juzgaban la creación literaria como publicaciones de bulto y sin mérito. Mis poemas, mis novelas, mis relatos... han sido valorados como podían serlo los grillos por los tribunales de Ciencias. Esas sanguijuelas que chupan tinta de cualquier escritor si sabrían definirte las fronteras entre el verso y la prosa.

—¿Cómo entiendes tú que deben

relacionarse la Universidad y la creación literaria que le es contemporánea?

—Te diré aquello de los erizos, que al poco de reunirse para darse calor decidieron volver a su soledad aunque sintiesen un poco de frío. Además hay libros extraordinarios que nos ofrecen apasionantes procesos de creación: *Cómo escribí algunos libros míos*, de Raymond Rossel; *Historia secreta de una novela*, de Vargas Llosa; *Novelas antes de tiempo*, de Rosa Chacel; *El oficio de poeta*, de Cesare Pavese; Las apostillas a *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco... Este sería el único noviazgo entre la creación y la Universidad que yo prefiero para el futuro de mis hijos. Cualquier otra proyección correría el riesgo de convertirse en improvisada frescura de trovó.

—Actualmente eres asesor literario del «Boletín Informativo de la Universidad», también figuras en el Consejo de Dirección de la revista «Barcarola» de Albacete, codirigiste «Tránsito», coordinaste el «Suplemento Literario de La Verdad»... ¿Qué papel deben jugar las revistas literarias en este momento de relevo generacional?

—Estas cesiones se deben más a la amistad que al afán de sacar el ombligo. La verdad, no me roban más tiempo que el de fumarme un par de *fortunas*. Las revistas literarias las leen sus poetas y pocos más. Hoy no queda hueco en los despachos para coleccionarlas, aunque podrían ser una buena recomendación para alcanzar el sueño de la siesta.

Santiago Delgado

